

crédulo en los mismos términos en que se tiene por un absurdo el ser creyente? El pueblo á lo menos en sus preocupaciones se reserva la esperanza; y aun cuando por imposible se engañase, si fuera necesario elegir entre este sentimiento celestial y divino, y las sombrías y desoladoras luces que no alumbran sino para entrever la nada, la suerte del Cristianismo siempre seria infinitamente mas feliz.

#### CAPÍTULO IV.

Consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de aquellos, que dudando de la verdad de todas las Religiones positivas, creen que cada uno debe seguir la del país en que ha nacido, y no admiten, ni reconocen otra por incontestablemente verdadera que la Religion natural.

Obligados algunos filósofos á modificar el sistema anterior por los absurdos, y perniciosas consecuencias que de él se deducen, han inventado una nueva teoría de indiferencia; pero aunque menos audaz y atrevida que la primera, no es mas satisfactoria, y en breve haremos ver que no puede sostener el mas ligero exámen. Ni aun se concebiria como ha podido producir ilusion en tantos espíritus, si por otra parte no supiésemos la vergonzosa facilidad con que el hombre admite toda especie de opiniones, cuando estas lisonjean sus apetitos, favorecen su preocupacion, y alientan sus pasiones.

Juan Jacobo Rousseau es sin contradiccion el mas sagaz defensor y promotor de esta doctrina que vamos á combatir; y por lo mismo creemos que no podremos proceder mejor que valiéndonos de sus palabras para exponerla; porque además de ser menos árido este método que el de un simple análisis, alejará de nuestra parte toda sospecha de infidelidad al presentarla.

Ante todas cosas hagamos ver en que se diferencian los principios de Rousseau de los adoptados por los filósofos que hemos refutado en los capítulos precedentes;

porque este cotejo ayudará mucho al lector para formarse una idea clara y distinta de unos y otros.

El sistema de los *indiferentistas políticos* envuelve en sí el ateísmo, y trastorna y da por el pié á todas las obligaciones y esperanzas del hombre. Rousseau mira la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, la existencia de la otra vida como dogmas sagrados y verdades incontestables; y aun se indigna de que se las quiera combatir<sup>1</sup>.

1 Sabido es ya que el odio de d'Alembert y Diderot contra J. J. Rousseau no tuvo otro motivo que el no haber querido reunirse con ellos para impugnar la existencia de Dios: *¿Sabeis cuál es mi delito con ellos, y para ellos?* le dijo varias veces á M. Anglanier de S. German, á quien se dirigió desde Bourgoin el 9 de noviembre de 1780, y el que nos lo ha dejado consignado en una carta suya fecha en Grenoble á 10 de febrero de 1783: *Porque yo creo en Dios, y ellos no creen en él.* « He sabido, continúa el mismo Anglanier, por otro conducto fidedigno que M. Rousseau agasajado y lisonjeado por Diderot y d'Alembert, se indispuso irreconciliablemente con ellos, por haberse negado con indignacion á impugnar la existencia de Dios. ¿Qué hombre sensato no se hubiera tenido por feliz en tener por enemigos á unos hombres entregados á un designio tan criminal y nocivo á la sociedad? Pero su flanco era el temor de ser aborrecido aun de los malos: ni la estimacion, ni la amistad, ni el voto de los buenos le consolaban entónces, etc. — Lamentemos la desgracia de este talento malogrado, obligado en fuerza de sus principios, á contradecirse á sí mismo siempre que el amor á Dios, y á la virtud de que tanto se gloria, le obligaban á raciocinar rectamente. Pero observemos que de ahí viene tambien el peligro de sus doctrinas, y el escándalo que causan sus escritos. « El entusiasmo de la Francia, especialmente de las mujeres, dice Projart (*Louis de tróné, etc., pág. 81*), por las producciones de este solista, si debió mucho al natural seductor y á la pompa de su estilo, no por eso deja de acusar la corrupcion de costumbres de su tiempo. » Era necesario que fuese esta muy profunda, pues que daba todavía cierta reputacion de probidad y de virtud al cinismo personificado en este escritor, al historiador complácido y satisfecho de sus propias infamias, á un pícaro sin remordimientos, que encuentra satisfaccion en referir que renegó, y abjuró su Religion por dinero, que pagó los mas señalados beneficios con ingratitudes, que siendo lacayo robó, y habiendo robado imputó su delito á una persona inocente; en fin, al libertino, que pretende que el maestro á quien se confia la juventud, puede seducirla sin dejar por esto de ser virtuoso, así como él, sin dejar de ser justo y estando apasionado por la moral pura, llenó las casas de expositos con el fruto de sus amores adúlter-

» Huid, dice, huid de aquellos, que bajo pretexto de expli-  
 » car la naturaleza, siembran en los corazones de los hom-  
 » bres doctrinas desoladoras, y cuyo aparente e scepticis-  
 » mo es cien veces mas afirmativo y dogmático que el tono  
 » decisivo de sus contrarios. Bajo el orgulloso pretexto  
 » de que solos ellos son ilustrados, veraces, de buena fe,  
 » nos someten imperiosamente á sus secas decisiones, y  
 » pretenden darnos por verdaderos principios de las co-  
 » sas los ininteligibles sistemas que ellos se han forjado  
 » en su imaginacion. Por lo demás, trastornando, des-  
 » truyendo, hollando todo cuanto respetan los hombres,  
 » quitan á los afligidos el último consuelo en su miseria,  
 » á los ricos y poderosos el único freno de sus pasiones;  
 » arrancan de los corazones el remordimiento del delito,  
 » la esperanza de la virtud, y despues de esto se jactan  
 » de ser los bienhechores del género humano. La verdad.  
 » dicen, jamás es nociva á los hombres; lo creo tambien  
 » como ellos, y esta es, á mi ver, una gran prueba de  
 » que lo que ellos enseñan no lo es, de que lo que dicen  
 » no es verdad<sup>1</sup>. »

Segun los *indiferentistas políticos* la Religion y la moral son instituciones humanas: Rousseau sostiene que « las verdaderas obligaciones son independientes de las instituciones de los hombres... y que sin fe no hay ninguna virtud verdadera<sup>2</sup> »: y como la virtud es un deber, y es de obligacion en el hombre, admite « que hay dogmas que todo hombre está obligado á creer<sup>3</sup> »: proposicion directamente opuesta al principio que afirma que la Religion es solo necesaria al pueblo.

Rousseau pues desecha todo el sistema de los *indiferentistas políticos*. Lo tiene, como yo tambien lo juzgo, á

ros; y que no obstante en el principio de sus *Confesiones* desafia á Dios á que, cuando se oiga la trompeta del juicio, se presente otros que sea mejor que él. — La contradiccion entre sus sentimientos y principios le hizo tan inconsecuente en sus doctrinas, así como la falta de la moral religiosa le hizo violar frecuentemente con sus acciones las virtudes que celebraba en sus escritos, pero privándolas de su mas firme apoyo y fuerza, que les viene de la revelacion.  
*P. Laso*, nota 7.

<sup>1</sup> *Emile*, tom. 3, pág. 197, edit. de la Hays, 1762.

<sup>2</sup> *Ibid.* pág. 196, 197. — <sup>3</sup> *Ibid.* pág. 187.

un mismo tiempo por falso y nocivo, y nocivo precisamente porque es falso; lo que supone que en materia de doctrina la verdad es inseparable de la utilidad; ó en otros términos; que toda doctrina útil y provechosa al género humano, y con mucha mas razon, toda doctrina que le es necesaria, es verdadera. Ruego encarecidamente al lector no eche en olvido esta observacion.

Hasta aquí Rousseau es el órgano de la tradicion universal. Su razon está de acuerdo con la de todos los pueblos, con la experiencia, y todas las autoridades dignas de ser citadas en una cuestion tan importante; y como sucede siempre cuando se siguen semejantes guias, la verdad, poderosa por la excelencia de su causa y el consentimiento unánime de los siglos, toma en su pluma tal carácter de evidencia, que ni aun se ha intentado responder á sus argumentos.

Pero en el momento que principia á dejarse llevar de su propio espíritu, y no escuchar mas que á sí mismo; que estrechado entre el Cristianismo, adonde le conducen sus principios, y las *tristes doctrinas*, que tan elocuentemente ha refutado, trata de abrirse un nuevo camino, una senda quimérica que no pare en ninguno de los dos extremos, sus ideas se confunden, y perdiéndose de sofisma en sofisma, casi á cada paso cae en inconsecuencias tan groseras, que todas las sutilezas de una fina dialéctica, no alcanzarán jamás á disimular.

Hemos visto que conviene en la necesidad de una Religion para todos los hombres: pues sentado esto, ¿qué resta sino decidirse entre las diversas religiones despues de un exámen suficiente para determinar una eleccion de la cual no tenga que avergonzarse la prudencia? Pero esto es positivamente lo que Rousseau no quiere. « Si se yerra, » dice<sup>1</sup> se priva uno de una grande excusa ante el tribunal » del supremo Juez: ¿no perdonará él mas bien el error » en que uno ha sido criado, que el que se excogió por sí » mismo? »

Pero este raciocinio, ó no tiene sentido alguno, ó el autor supone que hay una Religion verdadera; porque si no la hubiese, ¿en qué estaria el peligro de *extraviarse* y de

<sup>1</sup> *Émile*, tom. 3, pág. 196.

*errar* buscándola? *Extraviarse* es alejarse del término y fin adonde se camina; y si éste término es imaginario, ¿cómo es posible alejarse de él? ¿se aleja nadie de lo que no existe? observemos por otra parte que Rousseau confiesa que en materia de Religion el error puede ser punible, y digno de castigo á los ojos del *supremo y soberano Juez*; es indispensable pues que confiese que hay una Religion verdadera; porque si en la materia no hubiese verdad, el error sería inevitable, y un error inevitable no tiene necesidad de *excusa ni de perdon*.

Además, no siendo posible que dos doctrinas contrarias sean á un mismo tiempo verdaderas, si hay y existe una Religion verdadera, no puede ser mas que una sola, como el mismo Rousseau formalmente también lo confiesa. « En » tre tantas Religiones diversas, dice<sup>1</sup> que se proscriben y » excluyen mutuamente, *solo una es la buena*, si es cierto » que una lo sea. » Luego todas las Religiones, excepto una, son necesariamente falsas; todas excepto una, segun el mismo Rousseau, cuyas palabras acabamos de citar, son *dañosas y nocivas*. Religiones *nocivas y dañosas* no son ciertamente *necesarias* al hombre; luego si una Religion, como sostiene Rousseau, es necesaria, esta no puede ser otra que sola la Religion verdadera. Por lo mismo que es la única verdadera, es la sola única buena, la sola y única necesaria, la única que viene de Dios. Y bien; ¿es creible que habiendo Dios impuesto á los hombres el deber y obligacion de seguirla les haya negado los medios de distinguirla y conocerla? Es imposible; y sin embargo es preciso que Rousseau así lo diga, ó que renuncie y abandone sus máximas; y no lo puede decir sin caer, como acabamos de patentizar, en palpables contradicciones.

Para salir de este laberinto, y romper por estos embrazos, se precipita en nuevas contradicciones. Por su confesion resulta que hay una Religion verdadera, y solo una, y que no hay mas que una: la consecuencia natural es que todos los hombres deberían, y están obligados á abrazarla, pero como esta ilacion, esta consecuencia le conduciría directamente al Cristianismo, el cual intenta y trabaja por destruir, ¿qué hace pues? Afirma que no se puede discer-

1 *Émile*, pág. 158.

nir la verdadera Religion: y como por otra parte reconoce la necesidad de una religion para todos los hombres, aconseja que cada uno siga aquella en que ha nacido<sup>1</sup>. Ciertamente, si fuera imposible descubrir y conocer la verdadera, este sería sin duda el partido mas prudente, si todas ellas llenasen el objeto para el cual Rousseau las juzga necesarias. Mas siendo, segun su dictámen, el error esencialmente nocivo, las Religiones falsas no pueden llenar aquel objeto: luego es preciso que haya de sostener y decir que todas las Religiones son indiferentes; es decir, que todas son igualmente buenas, ó igualmente verdaderas; porque estas dos cosas en sus principios están inseparablemente unidas y enlazadas: pero oigámosle como se explica.

« Yo miro, dice, todas las Religiones particulares como » otras tantas saludables instituciones, que prescriben un » modo uniforme de adorar á Dios en cada país, por medio » de un culto público, las cuales todas pueden tener su razón en el clima, en el gobierno, en el carácter de los » pueblos, ó en alguna otra causa local que haga preferible la una á la otra<sup>2</sup>. » Y en otra parte: « Honrad, en » general, á todos los fundadores de nuestros cultos respectivos; cada uno tribute al suyo la veneracion que » cree le es debida, pero no desprecie el de los demás. » Ellos tuvieron grandes talentos, y grandes virtudes, y » esto siempre es digno de aprecio. Se han llamado enviados dos de Dios; y puede ser que sea así, y puede no serlo<sup>3</sup>. »

Es la primera vez que oigo hablar de las *grandes virtudes* de Mahoma. Por lo demás, como sería un absurdo suponer que unos *enviados de Dios* enseñasen el error, y por otra parte una Religion fundada en la impostura no puede ser verdadera, las últimas palabras querrán decir, y en efecto literalmente significan: Que es posible que todas las Religiones sean verdaderas, y posible que todas sean falsas. Y si no pareciese aun bastante, podemos elegir entre esta proposicion, y estas otras dos que no menos naturalmente se deducen de los principios de Rous-

1 Es decir, que el moro sea moro, el judío judío, y el cristiano cristiano.

2 *Émile*, t. 3, pág. 184.— 3 *Lettre á M. de Beaumont*, pág. 184.

seau: Todas las Religiones son igualmente verdaderas: No existe mas que una sola Religión verdadera.

No es en verdad poco trabajo para quien quiere entender lo que lee, conciliar al autor del Emilio consigo mismo; y me persuado que el dialéctico mas sutil no hallaría á veces medio de conseguirlo. En efecto con la diferencia de pocas páginas Rousseau nos dice: «Que hay *dogmas* mas que todo hombre está obligado á creer <sup>1</sup>, y que no hay *mas dogmas* verdaderamente esenciales que los deberes y obligaciones de la moral <sup>2</sup>.» Y como si intentase hacer aun la contradicción mas palpable, añade inmediatamente que «el culto interior es la primera de estas obligaciones,» y que «sin fe no hay virtud verdadera <sup>3</sup>.» ¡Qué confusión tan extraña de ideas! ¿El culto interior es acaso la moral? ¿lo es la fe? Y si no hay virtud alguna sin la fe, ¿cómo la virtud puede ser un deber ú obligación *esencial*, sin que la fe lo sea igualmente?

Desde el momento en que nos apartamos de la verdad, la razon privada de todo punto de apoyo, semejante á un bajel que no pudiendo arreglar sus movimientos fluctúa á la merced de las olas, obra á la ventura, y sigue alternativamente direcciones opuestas. La inconsecuencia es compañera inseparable del error, porque el hombre nunca se desprende de una vez de todas las verdades; y no pudiendo las que conserva avenirse con el error, le fuerzan á contradecirse inevitablemente. Esto es lo que sucedió á Rousseau casi en cada página <sup>4</sup>. «En la incertidumbre en que nos hallamos, dice él, es una presunción inexcusable profesar otra Religión que la en que se ha nacido, y una falsedad el no practicar sinceramente la que se profesa <sup>5</sup>.» Algunas líneas antes hace hablar así á su héroe: «Volved á la Religión de vuestros padres

1 *Émile*, t. 3, pág. 186. — 2 *Ibid.* — 3 *Ibid.*, pág. 195.

4 Y á todos los falsos filósofos ó incrédulos: sus obras no son otra cosa que un tejido de inconsecuencias y contradicciones: hoy defienden el *si*, y mañana el *no*: y por último no saben á que atenerse. Barruel en sus *Helvianos* lo hace esto evidente, poniendo en las dos páginas las contradictorias doctrinas de unos mismos y en la misma materia: ¿qué remedio para esto? el que les da, de enviarlos á los Orates.

5 *Émile*, t. 3, pág. 195.

» (era la religion de Calvino)...ella es muy sencilla, muy » santa; en mi concepto es de todas las Religiones que hay » en la tierra la que enseña la moral mas pura, y mas » completamente satisface á la razon humana <sup>1</sup>.»

Hay pues en su dictámen: primero, diversos grados de incertidumbre, y por consiguiente motivos de preferencia, pues que hay una Religión que *contenta y satisface mas que cualquiera otra á la razon*. Si esto es así, ¿porqué fundamento estaré yo obligado á vivir en una Religión que *no satisface* á mi razon, ó *la satisface menos*? Juan Jacobo vitupera falsamente al Cristianismo el que exige el sacrificio absoluto de la razon; y hé aquí que él impone á los hombres la obligación de obrar contra las luces de ella misma. ¿De qué pues nos sirve, ni aprovechará ya, si no debemos consultarla en un punto de que depende nuestra suerte eterna? Rousseau nos dice en sus *Confesiones* que á él le fué bien tirando á una suerte su predestinación <sup>2</sup>, y en consecuencia aconseja á todos que hagan lo mismo. Por miedo de engañarse ó de ser engañado excluye juntamente razon y autoridad: es en verdad de-

#### 1 *Émile*.

2 Oigamos su misma relacion, pues de otro modo se haria increíble. Agitado sin duda de los remordimientos de su conciencia, despues de haber convallecido de una grave enfermedad, y recordando los vergonzosos extravíos de su vida pasada, se le representaba la idea terrible de «si yo me hubiera muerto en esta ocasion, ¿qué seria de mí? y á seguida se preguntaba á sí mismo: ¿Y si en este instante me muriese, me condenaria? ¿En qué estado me hallo?» Y no pudiendo apartar de sí este pensamiento tan amargo, hé aquí el expediente que tomó para salir de esta incertidumbre. «Un dia, dice (l. 6 de sus *Confesiones* edit. de Ginebra de 1782 pág. 194), pensando en este triste asunto repentinamente me ocurre hacer una especie de pronóstico para calmar mis inquietudes. Dígame á mí mismo: Voy á tirar esta piedra contra aquel árbol que está enfrente: si le doy, es señal de predestinacion; si no le doy, señal de que me condeno. Acabando de decir esto todo temblando, y palpitándome el corazon de sobresalto, tiro mi piedra tan felizmente, que fué á dar en medio de su tronco, lo que verdaderamente no era difícil, porque yo habia tenido cuidado de excoger uno muy grueso, y ponerme muy cerca. Desde entonces no he dudado de mi salvacion.» Hé aquí un gran medio de acallar remordimientos. Avergonzaos, filósofos, de seguir á tal maestro. Véase la cita de la pág. 123.

masiado : ¿ no podría haber lugar á una composicion? La casualidad suele tener á veces parte en las cosas ; sin embargo, la filosofia me parece que la hace valer demasiado.

Segundo. A los ojos de Rousseau el calvinismo es una Religion *sencilla, y muy santa*. Ahora bien, una Religion muy santa es una Religion muy verdadera ; sino ¿ qué significaría esta voz *santa*? La incertidumbre con que nos asombraba poco ha el autor del Emilio no es en realidad tan formidable, pues que no le ha impedido á él descubrir una Religion *verdaderísima*. Siendo pues otras necesariamente falsas, ¿ porqué no ha de ser permitido dejarlas por esta? Toda la dificultad está en discernir cual es la *única buena* ; se ha hallado segun Rousseau ; ya no hay peligro de engañarse : y aun cuando, volviendo á sus propios testimonios, supusiese buenas todas las Religiones, pero como no las pone en el mismo grado, cuando se tratase de saber cual es la mejor, tampoco se debería vacilar ; porque no me llevo á persuadir pretenda que nos debe detener el temor de que haya una Religion *mas que verdaderísima*.

Tercero. Si se le cree, *no hay otras obligaciones verdaderamente esenciales sino las de la moral* : sea así como lo supone ; ¿ será pues una obligación esencial abrazar una Religion *cuya moral es la mas pura*? nada de eso ; al contrario sería una *presuncion inexcusable*.

Esta consecuencia es tan absurda, que ha obligado al mismo Rousseau á modificar sus principios, aunque como de paso, en una nota, verosimilmente por no desconcertar la regularidad del texto. De cualquiera manera que sea, él conviene en que « la obligación de seguir y » amar la Religion de su país, no se extiende á los dogmas contrarios á la buena moral<sup>1</sup>. » No le exijais mas, porque no os concederá otra cosa. Sin embargo, esto poco no deja de ser tal vez demasiado embarazoso ; porque sin preceptos religiosos, y sin ley positiva, ¿ cómo se distinguiría con certeza lo que es ó no contrario á la sana moral? En fin, cada uno se arbitrará como pueda. Pero en cuanto á lo demás, aun cuando uno estuviese mil veces convencido de que tal dogma es falso, y por consi-

1 *Emile*, t. 3, pág. 187.

guiente *nocivo*, y por consiguiente injurioso á la suprema verdad, á nombre de la filosofia se os mandá *amarle* ; es una *obligacion*, y seguramente obligacion moral, pues que no hay otras que *sean esenciales* sino estas. A vista de estos absurdos ¿ no hizo bien el autor en excluir la razon de su sistema?

Veamos otra contradiccion. Despues de haber hecho un magnifico elogio del Evangelio<sup>1</sup>, á renglon seguido añade : « Con todo, este Evangelio está lleno de cosas increíbles, de cosas que repugnan á la razon, y que es » imposible á un hombre sensato admitir ni concebir<sup>2</sup>. » ¿ Parece esta decision muy positiva? pues esperad un momento, y se os dirá : que « el Cristianismo, no el de hoy, » sino *el del Evangelio*..... es una Religion santa, sublime, verdadera<sup>3</sup>. » Tenemos, pues, que el Cristianismo es *santo, sublime, y que es imposible á todo hombre sensato el admitirle* : que el Cristianismo *repugna á la razon*, y con todo eso que el cristianismo es una Religion *verdadera*. Dóciles admiradores de este sofista inconsecuente, ¿ con qué cara vituperais á los cristianos la obediencia de su fe? El Cristianismo, examinado con la mayor atencion, les parece como á vuestro maestro *una Religion verdadera*, y la creen : ¡ pobres ignorantes! las preocupaciones los ciegan hasta el punto de no ver que *es imposible á todo hombre sensato admitir esta Religion santa, sublime, verdadera*, puesto que ella *repugna á la razon*.

Por lo demás, el sistema de indiferencia adoptado por J. Jacobo Rousseau no es todo suyo, ni propiedad que exclusivamente le pertenezca. Hasta en las contradicciones no es mas que un copista de Chubb<sup>4</sup>, y de otros deístas

1 En el catecismo filosófico se verá en toda su extension este grandioso elogio.

2 *Emile*, tom. 3, gág. 187. — 3 *Contrat. social*, pág. 194.

4 Thomas Chubb, deísta inglés, nació en 1679 en East Hamham, cerca de Salisbury. En sus principios fué aprendiz de guantero, y despues fabricante de velas de sebo; pero su gusto por la metafísica le hizo dejar esta profesion : por desgracia los primeros libros que cayeron en sus manos eran tales que podian extraviar á cualquiera : bebió en ellos ideas heterodoxas sobre la Trinidad, y publicó una disertacion intitulada. *La supremacia del Padre establecida*, que le dió crédito entre ciertas gentes, y le suscitó enemi-